

Encomendando el alma a Dios

Pastor: Oscar Arocha

Septiembre 8, 2013

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Y Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi ESPÍRITU. Y habiendo dicho esto, expiró” - (Lucas 23:46)

Este versículo recoge las últimas palabras de Cristo en la cruz, "la séptima palabra"; y de entre todas las otras que pronunció en Su pasión, es de consolador ejemplo para todo Creyente: "En tus manos", esto es, a tu cuidado, a tu cargo, a tu tutoría. Dios es Espíritu, o que nadie piense que tenga manos; o que las palabras del texto son en lenguaje figurado para indicar el cuidado o dirección divina. Así que, por las manos de Dios entiéndase Su cuidado y dirección.

En el verso se pueden ver varios asuntos: "Y Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi ESPÍRITU. Y habiendo dicho esto, expiró." Un Hombre: "Jesús." El fervor del ruego: "Clamando a gran voz, dijo." La cosa encomendada: "mi ESPÍRITU." La persona a quien se le encomendó: "Su Padre." La ocasión de la encomienda, o a la hora de Su muerte: "Habiendo dicho esto, expiró." Se dijo que estas palabras son un consolador ejemplo para todos, ya que de aquí aprendemos, que donde más se requiere de todo Creyente encomendarse a la voluntad de Dios es, en los sufrimientos. Dicho de otro modo, que será una digna y fiel copia del carácter de Cristo si uno piensa, habla y actúa el bien en medio de las adversidades. Hacer así, es aprender a encomendarse a la voluntad de nuestro Señor y Padre Celestial.

Hoy se expondrá así: **Uno**, Es deber del Creyente encomendarse a Dios. **Dos**, Pasos para hacer esta bendita obra.

(1). ES DEBER DE TODO CREYENTE ENCOMENDARSE A DIOS

Antes de iniciar esta parte es pertinente enfocarnos en el significado de encomendar, o resignar según el texto: "Es renunciar una cosa en favor de otro o entregar el mando a otro, quien se compromete a cuidarlo; también es conformarse a la voluntad de otro, en este caso al cuidado de Dios."

Pregunta: ¿Por qué Cristo resignó Su alma en este tiempo y no antes? Por varias razones, a saber.

Para manifestar Su confianza. Esto enseñaría que aún en la hora de la muerte no había perdido la confianza en Su Padre; notemos la sexta palabra, o anterior: "Eli, Eli, ¿lema sabactani? Esto es: Dios MÍO, Dios MÍO, ¿por que me has abandonado?" (Mateo 27:46). Esto muestra que no había sido abandonado totalmente, ni había perdido la

confianza en Dios. Un Cristiano pudiera estar en agonía al comienzo de su enfermedad, y aún así, dulcemente creer hasta el final.

Su obra sustitutiva. De este modo encomendaba a Dios las almas de todos por quienes estaba muriendo en la cruz. Ahora Cristo se ofrecía a Sí mismo mediante el Espíritu eterno como una persona común por todos. Así lo refiere: **"Ruego no sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos"** (Juan 17:20); no sólo oró por Sí mismo, sino también por los suyos. Las almas de los convertidos ya fueron encomendadas a las manos de Dios Padre, antes que vengan a la hora de la muerte, ya que Cristo vivió y murió por ellos.

Ejemplo de morir. Así que, cuando vengamos a morir o a sufrir, hagámoslo con las Santas Escrituras en nuestros corazones y boca. Así está escrito: **"En tu mano encomiendo mi espíritu"** (Salmos 31:5). El ejemplo de Jesucristo es el patrón y regla de conducta y vida de quienes creen en El. **Inferimos:** Que es buena cosa resignar nuestras almas en las manos de Dios, y especialmente al momento de la muerte, o de grandes sufrimientos.

EL DEBER DE ENCOMENDARNOS

Por necesidad. Es propio y justo del Creador tener la guía y control de nuestras vidas, como también es nuestro deber renunciar a nuestros propios consejos y tomar los consejos de Dios. Y más que deber una necesidad tener a nuestro favor el poder, la sabiduría y misericordias del Creador. Así que es nuestro deber y es propio de El. Mas aun, ¿Acaso no es el deber de un inferior resignarse a la voluntad, y manos de su superior? La esposa con el marido, el siervo con su señor, el hijo con su padre. Y nosotros con Cristo, el marido de nuestras almas, somos Sus siervos e hijos. Es, pues, altamente provechoso que hagamos una virtud de la necesidad, o poner en mejores y más seguras manos el cuidado de nuestras almas. Cuando los hombres hacen fortuna no se quedan con ella para guardarla, sino que la depositan en un buen Banco para beneficio y seguridad; y los hombres no tienen nada más valioso que sus almas, y no hay manos más capaces para guardarlas bien que las manos de Cristo. Si usted fuese dar algo a otro para guardarlo, el guardador debe ser capaz de para ti aún cuando intenten arrebátárselo con violencia, de lo contrario no sería segura. Nadie va a darle a guardar mil pesos a otro que sea menos capaz, mucho menos si no es sabio y se atreve a tomar lo tuyo y gastarlo con la vana esperanza de recibir ingresos por otro lado y luego reponerlo, así que tu guardador debe ser no sólo capaz, sino sabio.

Por Seguridad. Además de sabio debe ser de tu confianza, tu amigo; si reúne esas cualidades, es una mano segura para guardar tu depósito. Todo eso es Dios, Omnipotente, infinitamente sabio y nuestro mejor amigo; así está escrito: **"Yo sé en quién he creído, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día"** (2 Timoteo 1:12). Las manos de Dios son las más seguras, y el Creyente lo sabe por precepto y experiencia, lo ha experimentado en su propia vida. Este deber es parte inseparable del Cristiano; óigalo: **"En ti pondrán su confianza los que conocen tu**

nombre, porque tú, oh Señor, no abandonas a los que te buscan" (Salmos 9:10). Imposible tener fe en Cristo y no confiar de manera práctica en el cuidado de Dios. Por otro lado, si no encomendamos nuestras almas al cuidado de Dios, seríamos responsables de ella: "El mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero" (1 Juan 2:2). Si a una mujer se le encomienda el cuidado de un niño y se marcha del lugar y no entrega el cuidado de esa criatura a una mano segura y responsable, sería responsable de su descuido, aun si fuera de otro. Si no entregas el cuidado de tu alma a Dios, eres el responsable de cuanto suceda a tu alma. Así que, muy buena cosa es encomendar el alma a Dios.

II. PASOS PARA HACER ESTA BENDITA OBRA

Libre y en Seriedad. De entrada se establece que esta obra no debe ser hecha con ligereza o liviandad, sino con solemnidad y seriedad. Ordinariamente se suele oír a los hombres decir: "Que se haga la voluntad de Dios"; pero una cosa es decirlo y otra distinta hacerlo, y no el cómo decirlo, pues hasta los impíos saben cómo decirlo, pero el cómo hacerlo es difícil, aún para quienes verdaderamente aman la voluntad del Señor.

En ocasiones es dicho que se haga la voluntad de Dios, en forma ligera y sin seriedad, así esa voluntad será hecha forzosamente y de último, pero hacerla bien requiere que sea libre y de primero. Si una ciudad ha sido sitiada por el enemigo y después de muchos ataques es capturada, no podemos decir que la ciudad se rindió, sino que fue vencida. Así tampoco puede decirse que nos hemos encomendado a la voluntad de con el Señor, si para ganar nuestros afectos tuvo que darnos multitud de martillazos hasta quebrar la voluntad. Una cosa es que nos quiebren la voluntad y otra es que nosotros la hayamos cedido libremente a Dios. Un caso: Cuando Faraón se le agotaron los recursos para impedir la salida de los israelitas, entonces renunció a su propia voluntad y los dejó salir: "Entonces llamó a Moisés y a Aarón aún de noche, y dijo: Levantaos y salid de entre mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel; e id, adorad al Señor, como habéis dicho" (Éxodo 12:31). Resignó su propia voluntad a la de Dios, porque no podía hacer otra cosa. Pero hacer la voluntad de Dios o encomendarnos a Su voluntad, no es forzada, ni al final; sino libremente y desde el principio.

Por entero. Enfoquemos al rey David: "Tuyo soy, Señor, sálvame" (Salmos 119:94). Cuando un hombre viene a Dios por misericordia, ruega no sólo por una parte de su ser, sino por todo lo que él es y tiene. El no dice salva sólo mi cuerpo, y no mi alma, sino que dice: "Tuyo soy, Señor, sálvame"; todo tuyo, entero tuyo; cuando alguno desea el perdón de pecado, no pide por un pecado en particular, sino por todos los pecados.

La encomienda de nosotros a Dios, es como la Suya a nosotros, total; notémoslo: "Dios de Israel, es Dios para Israel" (1 Crónicas 17:24). Como si se hubiese hecho el Único Dios solamente para Su pueblo. Esta obra es un gran sacrificio, una gran ofrenda, un holocausto, es un morir a nuestra voluntad y entregarnos a la Suya. Un caso negativo: Ananías y Safira entregaron sólo una parte a Dios y se guardaron la otra para sí, y el

apóstol los acusó con estas palabras: "No has mentido a los hombres sino a Dios" (Hechos 5:4). La entrega parcial de nuestro ser a Dios sería mentir contra Cristo. En un contrato de alquiler, hay muchas cláusulas y medidas de protección para las partes, pero en el pacto con Dios la cláusula total y definitiva es esta: "Cualquiera de vosotros que no renuncie a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:33). El pacto con Dios no contiene artículos de reservas, sino de entrega total. Esto se ilustra con la parábola del hijo pródigo, quien al volver a su padre lo hizo con esta resolución: "Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores" (Lucas 15:19). Los hijos de Dios son sirvientes y no todo tipo de sirvientes, sino esclavos de Jesucristo, resignados totalmente a Dios.

Activa. Esta resignación no sólo es pasiva, sino también total y activa. Pues una cosa es someterse a la voluntad del Creador y otra distinta es resignar nuestra voluntad a la voluntad Suya, que la nuestra esté amarrada a la del Señor. Un hombre puede encontrarse con un asaltante en el camino y no tiene otra buena salida que no sea entregarse a la voluntad del ladrón, así entrega todo su dinero al malhechor, entregó el dinero, pero no la voluntad de su propio corazón ni sus afecciones y tampoco su parecer o juicio. Pero si un hombre entrega verdaderamente su voluntad a la de Dios, el renuncia a sus propios pensamientos y juicios, y se somete a los consejos de la sabiduría divina.

Así que, una cosa es contentarnos con lo que está hecho, lo cual es una resignación pasiva, ya está hecho, y otra es activamente buscar hacer lo que conocemos es la voluntad de Dios, y esto debe hacerse sinceramente. Leemos de los enemigos del Señor que se le someterán de manera fingida: "Por la grandeza de tu poder, tus enemigos fingirán obedecerte" (Salmos 66:3). No dice allí por la santidad o sabiduría de Dios, sino que no teniendo otra salida se resignarán al poder de Dios. No es algo nuevo una obediencia a Cristo condicionada: "Y ellos dijeron a Jeremías: Que el Señor sea un testigo veraz y fiel contra nosotros si no obramos conforme a toda palabra que el Señor tu Dios te mande para nosotros.... Os engañáis a vosotros mismos, pues fuisteis vosotros los que me enviasteis al Señor vuestro Dios, diciendo: Ruega por nosotros al Señor nuestro Dios, y lo que el Señor nuestro Dios diga, nos lo haces saber y lo haremos. Y hoy os lo he declarado, pero no habéis escuchado la voz del Señor vuestro Dios, ni en cosa alguna de lo que El me ha enviado a deciros" (Jeremías 42:5, 20-21). Su obediencia fue condicionada. La verdadera ha de ser espontánea y sincera.

Pregunta: ¿Cuándo hacer esta encomienda de nuestras almas a Dios? ¿Haciendo que cosas nos resignamos a la voluntad del Padre?

En general la respuesta es esta: "Cada día muero" (1 Corintios 15:3); es una obra diaria, especialmente frente a los sufrimientos y ante la muerte. Pedro lo particulariza así: "Los que sufren conforme a la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien" (1 Pedro 4:19). El verso enseña tres asuntos: Que no estamos exonerados de sufrir por causa de la fe. Que donde más se requiere encomendarnos a la voluntad de Dios es en los sufrimientos. Y será una digna y fiel copia del carácter de

Cristo cuando tú puedas pensar, hablar y hacer el bien en medio de las adversidades. Si esto haces, habrías aprendido a resignarte a la voluntad de tu Señor y Cristo.

Hoy vimos: Encomendando el alma a Dios Padre. Se expuso así: Es deber y necesidad del Creyente. Y Pasos para hacer esta bendita obra: Libre y con seriedad; Por entero, y de voluntad activa, no pasiva.

APLICACIÓN

1. **Hermano: Esta encomienda de tu alma , no sólo es sabia, sino también beneficiosa en abundantes misericordias.** Pablo tenía como gran bendición poseer bienes de este mundo sin estar bajo el poder de ninguno; fue libre de todos: "Como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, aunque poseyéndolo todo" (2 Corintios 6:10). La verdadera libertad consiste en una perfecta sumisión a la voluntad de Dios, Pablo estuvo libre de las tristezas, pobreza, ignorancia, muerte y las posesiones terrenales. Quién más libre que Cristo y quién más sujeto a Dios que El: "No se haga según yo, sino según tu voluntad." Quien quiera ser feliz, ocúpese en hacer la voluntad de Dios, que en agradarse a sí mismo. El ocuparse del yo es muerte, pero el servir a Dios libre y sinceramente es vida en abundancia. De manera que la resignación del alma es una llave de misericordia.

Para todo ser humano su mayor felicidad es el cumplimiento de todos sus deseos y aspiraciones; he aquí la promesa: "Pon tu delicia en el Señor, y El te dará las peticiones de tu corazón. Encomienda al Señor tu camino, confía en El, que El actuará" (Salmon 37:4-5). La resignación del alma a Dios es el abrir los tesoros de la generosidad del Señor.

2. **Amigo: Considera como el evangelio te ofrece a Jesucristo.** "Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo" (1 Juan 3:23). El Señor Jesucristo está tan empeñado en salvarte, que no sólo te lo pide, sino que también te manda a encomendar tu alma en Sus Manos, y tú no mueras nunca, sino que vivas por toda la eternidad. Es tu deber hacer el bien a tu alma. Por tanto, este es tu remedio para amarte a ti mismo: "Cree en el Señor Jesucristo."

3. **Hermano: Encomendar el alma a Dios produce el dulce fruto del contentamiento de corazón.** Esta es una de las gracias más difíciles de aprender, de las más valiosas, y de las que trae mayor satisfacción. La calle donde reside es la resignación, número voluntad de Dios.

Hay dos clases de contentamiento, uno fruto de la abundancia de tus posesiones. Y el otro que nace de un sentido mental o de la aprehensión que Dios está tallando a Jesucristo en nuestras vidas. Este último es mejor y más refinado, pues el Creador para dar sólo le basta abrir Su mano, y para esculpir es necesario un

interés personal y amoroso por el destino de nuestras almas. Así que, tú estarás contento cuando tú puedas encomendar tu alma, tu voluntad a la de Dios Padre, revelada en Su Hijo Jesucristo. Que te duela por el pecado y te regocijes en Dios: **“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”** (Filipenses 4:13).

4. Hermano: Esta es la única senda de consolar eficazmente tu alma. Nuestra propia conciencia testifica que no podemos encontrar consuelo en uno mismos, por lo que correctamente uno sale a buscarlo,; con el ingrediente que se busca en el lugar equivocado. Esto no se encuentra en las criaturas, sino en el Creador. De ahí que el hombre sabio aconseja: **“Encomienda tus obras al Señor, y tus propósitos se afianzarán”** (Proverbios 16:3). No tus negocios y tus obras, sino tus pensamientos estarán en descanso. Las cosas descansan en su centro o apoyo, y sólo Dios, y únicamente Dios es el apoyo de todas las cosas.

Mientras más indiferente sea el corazón de un hombre hacia las cosas externas o fuera de el, más quieto y sedado estará su espíritu. Y cuando un hombre ha encomendado su alma a Dios, entonces será más indiferente a todas las condiciones posibles; óigalo: **“En Dios descansan mi salvación y mi gloria; la roca de mi fortaleza, mi refugio, está en Dios”** (Salmos 62:7). La oveja come quieta y reposadamente, si se resigna a la voluntad del pastor. Por tanto es una buena y excelente obra encomendar y darse uno mismo a la voluntad de Cristo. Sus designios se harán de cualquier modo, por lo tanto estudia la Soberanía de Dios, pon tu mente, tus afecciones y tu voluntad a tono con la Suya, y conocerás de verdadera paz.

Un caso. La consolación mayor ante un gran peligro se obtiene si nos resignamos a la voluntad de Dios, mire esta resolución: **“Viendo Joab que se le presentaba batalla por el frente y por la retaguardia, escogió de entre todos los mejores hombres de Israel, y los puso en orden de batalla contra los arameos. Al resto del pueblo lo colocó al mando de su hermano Abisai y lo puso en orden de batalla contra los hijos de Amón. Y dijo: Si los arameos son demasiado fuertes para mí, entonces tú me ayudarás, y si los hijos de Amón son demasiado fuertes para ti, entonces vendré en tu ayuda. Esfuérzate, y mostrémonos valientes por amor a nuestro pueblo y por amor a las ciudades de nuestro Dios; y que el Señor haga lo que le parezca bien. Entonces se acercó Joab con el pueblo que estaba con él para pelear contra los arameos, y éstos huyeron delante de él”** (2 Samuel 10:9-13), nótese el "entonces" (v13); haz lo mismo y el Señor peleará por ti.

Y si tu pecado es grande, he aquí tu remedio: **“No seáis como vuestros padres y vuestros hermanos, que fueron infieles al Señor, Dios de sus padres, de modo que El los ha hecho objeto de horror, como vosotros veis. Y no endurezcáis vuestra cerviz como vuestros padres, sino someteos al Señor y entrad en su santuario, que El ha santificado para siempre, y servid al Señor vuestro Dios para que su ardiente ira se aparte de vosotros. Porque si os volvéis al Señor, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán compasión delante de los que los llevaron cautivos, y volverán a esta tierra.**

Porque el Señor vuestro Dios es clemente y compasivo, y no apartará su rostro de vosotros si os volvéis a El" (2 Cronicas 30:7-9).

AMÉN